

Lealtades  
y deslealtades  
en la democracia  
venezolana

La revisión de 40 años de democracia venezolana a través de diálogos con destacados protagonistas y una extensa investigación documental, unido, obviamente, al rigor académico dieron como resultado un texto que permite profundizar en el conocimiento y reflexión acerca de líderes y partidos cuyas actitudes en momentos cruciales modificaron la historia del país



La selección del tema, “lealtades y deslealtades en la democracia venezolana” fue motivado por la reflexión, casi inevitable, que produjo en la autora el cisma ocurrido en Venezuela durante el período que va desde 1989 a 1993. La democracia del país referencia en América Latina, según Samuel Huntington (1970), se caracterizaba por la concordancia entre el gobierno y la voluntad de los ciudadanos. El interés público era el de las instituciones públicas producto del proceso de institucionalización de gobierno. Sin embargo, de pronto, se vio sacudida por una explosión social el 27 de febrero de 1989, el llamado Caracazo, y por dos intentos de golpe de Estado, el 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992. Una democracia que durante treinta años que había enfrentado y superado dificultades de diferente orden, se conmocionó por acontecimientos que anunciaban una necesidad de revisar el modelo vigente desde 1958. ¿Es que acaso la democracia no era tan sana como suponíamos, y tenía en su seno graves problemas que no habían sido detectados? ¿Se había incubado un virus antidemocrático que no se detectó a tiempo?

Así comienza la tesis doctoral de la profesora Nancy del Carmen Requena García, que será publicada próximamente por la UNIMET.

Posteriormente señala: La política es, como bien nos enseña Hannah Arendt (1997), la forma como los hombres se organizan en su diversidad para lograr

---

**Nancy del Carmen Requena**

Profesora de la Universidad Metropolitana.

Decanato de Postgrado e Investigaciones.

un fin superior y vivir en libertad. Ella nace y es ejecutada por los hombres, así que la responsabilidad última y primigenia de los procesos políticos recae en sus hombros, porque hasta las instituciones son sus hechuras. Es la acción conjunta de los hombres al tomar determinado camino en el acontecer político la que define los hechos. Por ello, en esta disertación se aborda el estudio de la crisis de la democracia venezolana con un enfoque no tradicional, intentando encontrar las respuestas en las acciones de hombres y mujeres que hacen política.

Para analizar el problema, explica Requena, se revisaron diferentes autores que estudian los procesos democráticos y su consolidación, con el fin de determinar cuáles condiciones facilitan o no que una democracia se desarrolle con la suficiente fortaleza que le permita enfrentar las crisis que en el devenir de los tiempos pudieran ocurrir, siempre enfocados en los actores de los procesos más que en las instituciones y normativas existentes.

Así, de todas las lecturas quedó como dato significativo la importancia que tienen las conductas y valores democráticos dentro de la sociedad, los cuales son indispensables para la salud del sistema. Estos aspectos que dependen del comportamiento de la gente trascienden a las instituciones formales de la democracia y garantizan en el tiempo que el sistema se consolide.

La noción de lealtad como un valor fundamental para el sistema democrático fue analizada por Juan Linz (1996) despertó en la autora la necesidad de profundizar sobre esta idea y su impacto, porque este aspecto se refiere a la conducta de los hombres y mujeres que actúan en el ejercicio de la política. Dicho concepto puede ser interpretado de diferentes maneras dependiendo de quien lo aborde, pero en todo caso siempre debe ser entendido como apego a la normativa legal que sustenta a la democracia.

Consideramos que desde el punto de vista de la lealtad se podía dar un enfoque diferente al análisis, ya que en la competencia de los actores en el sistema político, es posible pensar que debería aflorar un valor superior, la lealtad democrática, que permitiría dirimir cualquier controversia, cualquier duda, porque en el complejo interactuar de las relaciones dentro de la sociedad, en conflictos inevitables en los cuales se tenga que decidir entre obligaciones y lealtades a personas o grupos, es fundamental que los valores, cultura e instituciones democráticas se antepongan a cualquier interés particular.

En consecuencia, preservar, defender y respetar la institucionalidad democrática y lograr una mayor eficacia y efectividad del sistema en función del bienestar colectivo y de la consolidación del sistema democrático debería privar sobre intereses personales o partidistas. Es preferible renunciar a una ganancia a corto plazo pensando en el mayor beneficio.

El enfoque de la lealtad, entendida en los términos antes descritos, permitió analizar los hechos desde una perspectiva que ubicaba la responsabilidad en las personas, dándole además una connotación valorativa al problema. La lealtad al sistema democrático, por encima de intereses coyunturales sería el faro que iluminaría el camino para la consolidación del sistema. Sólo teniendo claridad sobre cuál es el bien supremo se podrían solucionar los conflictos generados por intereses particulares. Por ello, el liderazgo político habría de tener como valor fundamental lograr la máxima eficiencia y efectividad del sistema democrático para lograr el mayor bien común por encima de intereses minimalistas, erradicando cualquier conducta que pudiera afectar el desarrollo del sistema en el largo plazo.

Así, entonces, se comenzaron a identificar debilidades y fortalezas del sistema democrático venezolano para tratar de entender el problema y, más allá del orden económico, desde otro punto de vista, buscar qué había generado el cisma del sistema político, porque explicar todo como un problema generado sólo por colapso del esquema rentista o como una "latinoamericanización" (Levine, 2001) del proceso venezolano, resultaba insuficiente para detectar esa falla estructural que viene a ser explicada por los hombres y sus conductas, pues son ellos los que desarrollan los posibles procesos que hacen perfectible la democracia y sobre quiénes recae la responsabilidad de los hechos.

La democracia debe ser entendida como un sistema de vida social, que va más allá de la alternabilidad en el poder que se logra a través de las elecciones; debe orientar las conductas en la cotidianidad, en las pequeñas y grandes decisiones y es responsabilidad del liderazgo político que sus acciones trasciendan los procesos electorales.

Como resultado de la reflexión sobre la importancia de las conductas de los líderes en el proceso democrático, comenzamos a estudiar lo ocurrido en la democracia venezolana con otra visión.

Así se decidió trabajar el concepto de lealtad a la democracia para evaluar los comportamientos y actitudes de actores del sistema político venezolano

que podían reforzar o debilitar al sistema. Es decir, aquellos que facilitaban la profundización y consolidación de la democracia, o por el contrario, la alejaban o debilitaban, con conductas de personajes cuya intención fuera antidemocrática o no democrática, por decir lo menos.

Para adentrarnos en el tema se estudiaron a los partidos políticos Acción Democrática (AD) y el Socialcristiano Copei, por considerar que fueron protagonistas fundamentales desde el inicio del proceso democrático, ya que al ser gobierno en diferentes períodos, fueron responsables de ejecutar políticas públicas. El objetivo del análisis siempre fue tratar de comprobar si sus comportamientos estaban dirigidos a la profundización de la democracia, estudiar si éstos se correspondían con el valor lealtad democrática antes mencionado o, por el contrario, sus acciones se tradujeron en comportamientos desleales o semileales al responder a intereses coyunturales, partidistas o electorales, descuidando el bien común y la eficacia y efectividad del sistema.

Con este análisis en ningún momento se pretende desprestigiar a los partidos políticos. Muy por el contrario, éstos han sido pieza primordial en el desarrollo del sistema democrático, que junto con otros actores políticos permitieron la estabilidad de la democracia y sus avances para el logro de una mejor calidad de vida para el venezolano. Sin embargo, la intención del análisis es profundizar desde otra óptica, estudiar lo ocurrido con la democracia venezolana, cuyas debilidades se manifiestan de forma dramática en el período de estudio (1989-1993).

En este orden de ideas era necesario analizar cómo la exclusión social, en su concepción más genérica, podía ir minando al sistema, creando o enquistando resentimientos, insatisfacciones, rencores, que podrían, dependiendo del manejo de los líderes, ir socavando las bases de la democracia por no encontrar cabida a sus expresiones y necesidades, lo que podría favorecer conductas y comportamientos desleales o semileales.

El Pacto de Punto Fijo, firmado el 31 de octubre de 1958 por Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Gonzalo Barrios en representación de Acción Democrática (AD), Rafael Caldera, Pedro del Corral y Lorenzo Fernández por el partido Social Cristiano Copei y Jóvito Villalba, Ignacio Luís Arcaya y Manuel López Rivas por Unión Republicana Democrática (URD), representó un acuerdo importante desde el punto de vista de lealtad a la democracia, y fue un aporte para la gobernabilidad necesaria en el proceso de

transición de la dictadura a la democracia que permitió corregir errores cometidos en el pasado, en particular durante la primera experiencia, la denominada Revolución de Octubre (1945-1948), que intentó instaurar la democracia.

Este pacto permitió a los principales actores de la vida nacional y aquellos partidos con opción de ganar las elecciones, acordar las condiciones mínimas de gobierno, sin importar quién triunfara en la contienda electoral, además de garantizar un comportamiento de aquellos quienes quedarán en la oposición, que privilegiara la lealtad al sistema democrático por encima de intereses particulares.

Sin embargo, según algunos sectores, este pacto fue el primer acto de exclusión de la democracia, ya que el Partido Comunista no formó parte de él, pero vale destacar que dicho partido no fue excluido del sistema político, a pesar que la izquierda comunista no estaba de acuerdo con la democracia liberal y formó parte de una oposición desleal a los preceptos democráticos. En efecto, los partidos de izquierda optaron por la conspiración con militares para derrocar al gobierno democrático, y por la lucha armada en un intento de ruptura del régimen. Así, la guerrilla formó parte de una oposición manifiestamente desleal.

Como podrá evidenciarse en la siguiente tabla, durante mucho tiempo ha existido una oposición desleal representada por fuerzas que actúan en contra del sistema democrático. Incluso cuando fue derrotada militarmente la guerrilla, continuaron los comportamientos de oposición desleal, tal vez no con la misma violencia, pero estaban presentes actuando en contra del sistema.

TABLA 1.1  
INTENTOS DE GOLPES MILITARES, INSURRECCIONES MILITARES Y LEVANTAMIENTOS POPULARES (1958 A 2002)

Fecha	Tipo	Líderes	Ciudad	Contra
Julio 1958	Intento de Golpe (-)	Gral. Jesús María Castro León	Caracas	Gobierno Provisional
Septiembre 1958	Intento de Golpe (-)	Mayor Juan Dios de Moncada	Caracas	Gobierno Provisional
		Mayor Hely Mendoza Méndez		
		Gral. Jesús María Castro León		
Abril 1960	Insurrección		Caracas	Rómulo Betancourt
<i>1961 Comienzo del movimiento guerrillero</i>				
1961				
Febrero	Insurrección	Conl. Edito Ramírez	Caracas	R. Betancourt
Junio	Insurrección	Mayor Luis A. Vivas	Barcelona	R. Betancourt
1962				
Mayo (i)	Insurrección	Cap. Jesús Teodoro Molina V.	Carúpano	Rómulo Betancourt
Junio (j)	Insurrección	Cap. Víctor Hugo Morales Cap. Manuel Ponte Rodríguez	Puerto Cabello	Rómulo Betancourt
<i>1972 Fin del movimiento guerrillero</i>				
1989 Feb.	Levantamiento Popular (l)		En varias ciudades	Carlos Andrés Pérez
1992				
Febrero	Intento de Golpe (0)	Tte. Coronel Hugo Chávez Frías (j) Tte. Cor. Francisco Arias (j) General Visconti Osorio	Caracas Maracaibo	Carlos Andrés Pérez
1992				
Noviembre	Intento de Golpe (0) Intento de	Pedro Carmona E.	Caracas Maracay	Hugo Chávez

FUENTE: LEGITIMACY AND POPULAR SUPPORT FOR THE VENEZUELAN POLITICAL SYSTEM. JOSÉ VICENTE CARRASQUERO.

1994. INFORMACIÓN ACTUALIZADA POR LA AUTORA.

INSURRECCIÓN: SIGNIFICA QUE EL MOVIMIENTO NO FUE UN INTENTO DIRECTO DE CONTROLAR EL GOBIERNO

INTENTO DE GOLPE: ES UN MOVIMIENTO FORMAL PARA TOMAR EL GOBIERNO CENTRAL DERROCANDO AL PRESIDENTE

(l) LEVANTAMIENTO POPULAR DE SAQUEOS EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DEL PAÍS

(-) SE DIERON MANIFESTACIONES CONTRA EL INTENTO DE GOLPE

(j) HUBO IZQUIERDISTAS IMPLICADOS EN LA INSURRECCIÓN

(0) LA POBLACIÓN PERMANECIÓ EN SUS CASAS, NO HUBO MANIFESTACIONES A FAVOR O EN CONTRA DEL INTENTO DE GOLPE

Para estudiar los comportamientos leales a la democracia, un aspecto primordial fue el asumido por el liderazgo en con respecto al proceso de descentralización política como elemento fundamental que demandaba la transformación del Estado para perfeccionar la democracia, profundizarla y mejorarla de manera que fuera algo más que un mero acto de votación, y hacerla más participativa al llevarla a las regiones, comunidades y al ciudadano.

Este aspecto es importante porque existía una impresión de relativa profundidad democrática en algunos sectores de la sociedad, sobre todo en las regiones. Alcanzado un cierto desarrollo de la vida democrática, éstas sentían la imposición del gobierno central por encima de sus intereses locales hasta llegar, incluso, a la designación de gobernadores ajenos a la región que, al depender del nombramiento presidencial, poco respondían a los lugareños limitando una mayor participación en la vida democrática, lo que representaba lealtad al poder central y deslealtad al fin último de la democracia.

Así pues, con la creación de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copro) en 1984, durante la presidencia de Jaime Lusinchi, se generaron importantes discusiones. Era fundamental enfocarnos en los comportamientos de los líderes políticos frente a este proceso concebido para mejorar la democracia, y determinar cuáles fueron las actitudes del liderazgo de los partidos políticos en relación con dicha demanda, si privilegiaron o no la lealtad al sistema por encima de las cuotas de poder temporal.

De esta forma se analiza cómo muchos de los líderes políticos de los principales partidos, AD y Copei, dada la estructura vertical de funcionamiento interno, estaban en desacuerdo con ampliar la participación que promovía la descentralización. Evidentemente, este cambio lesionaba el ejercicio del poder centralizado que hasta el momento se había mantenido, por lo que asumimos dicho comportamiento como una conducta no leal a la democracia, sino a intereses partidistas o personalistas.

En relación con el fortalecimiento del sistema, para favorecer los comportamientos democráticos era importante profundizar el ejercicio de la democracia dentro de los partidos. Sin embargo, la estructura vertical y la disciplina partidista eran percibidas como una limitante para responder a los requerimientos del electorado por parte del elegido (Kornblith, 2002). En algunas ocasiones al debate o discusión en el seno de los partidos se imponía jerárquicamente una posición, lo cual generó exclusiones,

disidencias y hasta divisiones dentro de las organizaciones, que igualmente iban en detrimento de una mayor o mejor democracia.

Es necesario resaltar que los comportamientos de los líderes son modeladores del sistema. A la sazón, cómo la estructura interna de los partidos era vertical y autocrática, podían promover la profundización de la democracia que requiere de negociación para llegar a acuerdos por el bien común. Entonces, cabe preguntarse si el valor lealtad al sistema prevalecía sobre los intereses colectivos o por el contrario se le debía, en primera instancia, al partido.

El otro punto de reflexión sobre la lealtad al sistema democrático fue el comportamiento de los partidos políticos AD y Copei durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez frente a la propuesta de cambio del esquema económico rentista del petróleo que imperaba desde décadas y que había colapsado de hecho desde los años 80. Se analizará cómo las lealtades no se enfocaron en la necesidad de transformación que tenía el país para poder dar respuesta a una población que no sólo venía perdiendo posibilidades de desarrollo personal, sino que presenciaba el deterioro de los servicios de salud, educación, y las posibilidades de empleo, entre otros.

La eficacia y efectividad del sistema había mermado, y así lo sentía la población, porque una vez lograda la estabilidad política, era necesario concentrarse en optimizar las condiciones de vida de los ciudadanos y hacer los cambios que fueran necesarios para ganar efectividad en las políticas públicas. Una acción en este sentido hubiera proyectado la lealtad del liderazgo a los intereses nacionales, y hubiera consolidado la legitimidad del sistema.

En las entrevistas realizadas a importantes actores tanto de los partidos políticos como de instituciones claves en el sistema democrático, es decir, Ramón J. Velásquez, primer Presidente de la Comisión Presidencial para Reforma del Estado (Copro) y Ex-Presidente de la República. Arnoldo José Gabaldón, segundo Presidente de la Copre. Ramón Escovar Salóm, ex Fiscal General de la República durante el período estudiado. Henry Ramos Allup, parlamentario y Secretario General del partido Acción Democrática. Eduardo Fernández, Presidente del partido socialcristiano Copei. Ramón Guillermo Aveledo, subjefe de la Fracción Parlamentaria de Copei desde 1992 a 1994, Jefe de la misma desde 1994 a 1996 y Presidente de la Cámara de Diputados entre 1996 a 1998. Miguel Rodríguez, Ministro de Cordinación y ex Presidente del Banco Central de Venezuela en la

segunda administración de Carlos Andrés Pérez y el VA(r) Mario Iván Carratú Molina, Jefe de la Casa Militar durante los intentos de golpe de Estado, se evidenció que no hubo intención política de apoyar las reformas necesarias. Por el contrario, existió una oposición semileal al sistema que trató de preservar los intereses personales o partidistas por encima de los nacionales y no lograron concertar los acuerdos necesarios para los ineludibles cambios en la política económica, que si bien en el corto plazo tendrían un gran impacto negativo en la población, en el largo plazo mejorarían sus condiciones de vida.

Estos comportamientos dirigidos a defender y preservar intereses particulares y no a la democracia, también se reflejaron en el manejo de la crisis del sistema político que dio como resultado la separación de su cargo del presidente Carlos Andrés Pérez antes de concluir el período, sin que los problemas que habían generado el conflicto se hubiesen analizado en busca de las soluciones estructurales que eran necesarias para emerger de la crisis y garantizar el fortalecimiento y perfeccionamiento del sistema político. Era mucho más sencillo pensar que la remoción del Presidente era la solución. Sin embargo, como la expresara Ramón J. Velásquez en la entrevista realizada por la autora, a él le tocó gobernar una crisis porque los problemas del país no se resolvieron con su presidencia.

Por el contrario, todo permite pensar que la corta visión del liderazgo político condujo al país a la profundización de la crisis. Era más importante llegar a las elecciones de 1993 que reflexionar sobre las causas internas que habían generado la crisis e impulsar los correctivos necesarios para evitar que en el futuro se presentaran situaciones semejantes. Se pospuso la consideración de los cambios necesarios para poder dar respuesta a las demandas de la población y tratar de recuperar la eficiencia y efectividad del sistema que en algún punto se había perdido. Los hechos son que la situación de crisis hoy, después de más de diez años, no ha sido resuelta.

Para resumir, confiesa Requena, debo expresar que la mayor motivación para realizar esta disertación, tuvo que ver con la importancia de los comportamientos y actitudes del liderazgo político en relación con la democracia como un valor que debería ir más allá del interés específico y particular de un momento dado, para ubicarse en la trascendencia en el tiempo con miras al mayor bien nacional. Más que en las estructuras formales de la democracia, la autora está persuadida de que quizás el mayor

problema radica en el comportamiento y compromiso de los actores políticos con el sistema democrático y sus instituciones.

Mal se puede pensar que ante una situación en la que el liderazgo actuó en función de intereses particulares, puedan existir lealtades de amplios sectores de la población al sistema democrático. Un bajo rendimiento del sistema político en términos de promover el bienestar de los venezolanos traducido en eficientes y eficaces servicios públicos, se transformó en un escollo a tomar en cuenta en el momento de preservar la democracia.

La frustración de expectativas en cuanto a la riqueza del país, comparada con la precariedad en la que viven amplios sectores de la sociedad, abre caminos a quienes desde una posición desleal al sistema democrático promueven mecanismos alternativos de gobierno que no necesariamente garantizan un sistema de libertades.

En cuanto a la metodología, ella explica que por la complejidad del tema de investigación se decidió abordarlo desde una perspectiva cualitativa, tratando de entender los elementos desde su dinámica y significado, con una visión estructural-sistémica para comprender los procesos típicamente humanos.

En el problema planteado era preciso establecer las causas que llevaron a la crisis de la democracia venezolana manifestada en el período de estudio; buscar en la red de relaciones si la falta de compromiso y las actitudes particulares del liderazgo político permitieron el debilitamiento del sistema al no promover las acciones necesarias para la consolidación y estabilidad del sistema.

El estudio analizó, desde una perspectiva integral, el colapso del sistema democrático fundado en 1958, la llamada "democracia puntofijista", haciendo hincapié en la responsabilidad del liderazgo político, más que en el problema de la riqueza petrolera como factor decisivo del proceso.

Como se sabe, la riqueza petrolera ha sido estigmatizada como el motivo que ha impedido el desarrollo del país en su conjunto, incluido el proceso democrático. Es por ello que la intención es estudiar si más bien las causas de la crisis son intrínsecas al liderazgo del sistema, a quienes guiaron y fueron los responsables de mantenerlo y consolidarlo, y cuyo comportamiento pudo generar serios problemas de insatisfacción del electorado.

Se precisaron los aspectos relevantes que sirvieron a la investigadora como indicadores de situaciones que, dependiendo de los comportamientos del

liderazgo, hubieran permitido aumentar la posibilidad de consolidación total de la democracia. Se seleccionó el material de apoyo relacionado con la reforma del Estado, el cambio del modelo económico, los intentos de golpe de 1992 y la destitución del presidente.

Como resultado de este estudio queda como aporte un inventario de las actuaciones de los líderes democráticos que sería recomendable evitar en el futuro, de manera de garantizar la estabilidad y la consolidación definitiva del sistema democrático en Venezuela sin quimeras de golpes de Estado y soluciones mesiánicas a los problemas. El uso del concepto de lealtad como mecanismo de análisis, utilizado a partir de la caracterización de Juan Linz (1996) se presenta como una alternativa que puede arrojar luces sobre los niveles de compromiso del liderazgo con el sistema político venezolano.

El diseño de la investigación es documental bibliográfico, utilizando fuentes primarias y secundarias, basada en las teorías de los clásicos de la democracia y los estudiosos del caso venezolano.

La entrevista es una herramienta que permite tener acceso a datos que no se encuentran en fuentes documentales. Por ello, en el proceso de validación se empleó en profundidad como fuente directa el testimonio de personalidades ya mencionadas, que fueron actores fundamentales de los procesos estudiados y que como tales podían dar cuenta de la naturaleza del proceso vivido.

Se diseñó una entrevista no estructurada que tenía un guión de preguntas con los temas que se habían caracterizado como importantes sobre los que interesaba la opinión y conocimiento del entrevistado, pero que, al mismo tiempo, permitía el diálogo abierto para que éste pudiese agregar su propio análisis y el entrevistador pudiera profundizar en algún aspecto de interés adicional producto de las conversaciones desarrolladas a lo largo de más de un año, ya que por las características de los actores no era fácil concertar las citas. Así, los diálogos fueron grabados con autorización del entrevistado y posteriormente transcritos.

Con base en el ya citado concepto de la lealtad a la democracia, se profundizó aún más para ser usada como variable en el fortalecimiento de una joven democracia, definiendo la misma como el apego a los valores, cultura e instituciones democráticas por encima de cualquier interés personal o particular. Esta visión demanda realizar todo aquello que sea posible para mejorar y ampliar la democracia, ha-

ciendo de la representación una verdadera vinculación con la voluntad de los representados, realizando los cambios necesarios para lograr una mayor eficacia y efectividad del sistema; educando al ciudadano en la práctica democrática que es algo más que el sólo hecho de votar, logrando la democracia social mediante la ampliación de las formas de poder ascendente. Todo acto opuesto a lo antes expuesto lo consideramos comportamientos desleales que atentan en contra la supervivencia y consolidación democrática.

En primer lugar se puede decir que los comportamientos del liderazgo político en relación con la reforma del Estado y sus actuaciones frente a las propuestas de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copro), fue una conducta de deslealtad. Así se evidenció en las entrevistas, que la alta dirigencia de los partidos AD y Copei no estaba interesada en la ampliación ascendente del poder porque disminuía sus prebendas y la cuota que tenían del mismo; no era la lealtad a la democracia sino a sus intereses partidistas las motivaciones que guiaron sus actos.

En segundo orden ha de definirse como comportamientos desleales el no actuar en relación con la necesidad de modificar el modelo económico implantado desde 1958, el cual para finales de los 70 comenzó a dar muestras de ineficiencias y que se manifestó visiblemente a principios de los 80. No obstante, la dirigencia política hizo caso omiso a esta realidad que se reflejaba en un deterioro de la calidad de vida de los venezolanos y que iría acumulando insatisfacciones y frustraciones en el tiempo.

Peor aún, cuando en 1989 se propone e implementa la modificación del modelo económico, en el liderazgo político privaron intereses particulares que en nada beneficiaron a la sociedad. El resultado de dichos cambios no podía sentirse en el corto plazo, debió trabajarse en profundizar los programas que ayudaran a los sectores más necesitados a soportar el impacto de las reformas. Pese a la conflictividad existente, el país comenzó a tener indicadores de crecimiento económico después de una década de estancamiento, sin embargo, hubo una manifiesta oposición que impidió la profundización de los mismos, y cuyos resultados todavía se están viviendo, porque es muy difícil resolver el problema de la pobreza si no se genera riqueza, obviamente la pobreza crea exclusión de una parte de los ciudadanos, una realidad que es muy bien aprovechada por las fuerzas desleales.

El tercer aspecto de oposición desleal a la democracia, fueron los dos intentos de golpe de Estado del 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992, donde participaron en las conspiraciones tanto civiles como militares sin que ninguno de ellos enfrentaran las consecuencias de su deslealtad y donde hubo fallas en los sistemas de seguridad e inteligencia por no detectar a los conspiradores.

Lo más grave, como conducta desleal, es que quienes usaron la violencia para la toma del poder no fueron rechazados por los factores de la vida social. Por el contrario, aquellos que militando la lealtad a la democracia apoyaron al gobierno para impedir que se debilitara, fueron castigados por la opinión pública. Resulta insólito, desde los valores de la democracia, que a los actos de quienes atentaron contra el sistema se les haya dado una justificación ética.

En cuarto lugar hay que resaltar como un hecho significativo que demostró madurez del sistema político, el que se destituyera al presidente por la vía constitucional, independientemente de la controversia que pueda haber sobre esta situación: él fue juzgado y pagó la condena que el juicio dictaminó. En contraste, a las fuerzas desleales que atentaron contra su gobierno, en la administración del presidente Rafael Caldera, les sobreyeron la causa y fueron liberados sin pagar las consecuencias del mayor acto de deslealtad a la democracia registrado a finales del siglo XX.

Por último, como comportamientos desleales está el no haberse concentrado en resolver las causas que habían generado la crisis del sistema político, dedicarse a profundizar la descentralización, democratización de los partidos políticos para fortalecerlos, mejorar la calidad de la representación para canalizar las insatisfacciones de la población, reducir las dimensiones del Estado que había invadido todos los campos del quehacer, desarrollar con plena honestidad un sistema judicial que sirviera a la ley y no a intereses partidistas, profundizar en el cambio del modelo económico proteccionista que había llegado a su fin y trabajar por erradicar la pobreza e inequidad existente. En resumen, hacer los correctivos necesarios para lograr la eficacia y efectividad del sistema que redundaría en el fortalecimiento de la legitimidad del sistema.

Por el contrario, los líderes de los partidos políticos AD y Copei se concentraron en la elección de 1993, que vale destacar no ganaron ninguno de los dos; en los siguientes cinco años el deterioro se profundizó en todos los órdenes y en la elección de 1998

triunfó la propuesta de las fuerzas que en un momento fueron desleales.

Por lo que se debe reseñar las palabras del presidente Velásquez en su alocución ante el Congreso, cuando dijo:

*Los preocupantes acontecimientos de febrero de 1989, así como los ocurridos en febrero y noviembre de 1992, son expresiones que si bien anómalas, hicieron visible, antes de las elecciones de diciembre, el gran cambio que muchos presentíamos. Vistos con el ojo desnudo, sin observaciones pesimistas, esas amenazas, que parecían superadas en nuestra vida política, con toda la violencia de su suceso, pueden derivar en bien de la democracia si logramos comprender que ellos agregan razones de urgencia a la necesidad del consenso nacional para el cambio (Velásquez, 1994: 13) (Las negrillas son de la autora).*

Todo lo ocurrido pudo dar como resultado, una vez enfrentada la crisis, un fortalecimiento del sistema democrático, si, analizados los errores cometidos, hubiera privado la lealtad a los valores que consolidarían la democracia por encima de rencillas, intereses, mezquindades particulares.

Por lo que hay que concluir que en democracias emergentes, con poca trayectoria y graves problemas sociales, la responsabilidad del liderazgo pareciera ser definitiva en lograr el proceso de consolidación de la democracia, porque en una sociedad con alto grado de institucionalización de las organizaciones de gobierno, en términos de Huntington (1970), los errores de la dirigencia pueden ser corregidos por el propio sistema. Pero cuando no es así, si la lealtad a la democracia no es la causa que orienta las acciones de quienes escogieron la política como profesión, las oportunidades de las fuerzas desleales aumentan en la medida que el sistema se debilita.

Para desarrollar la confianza indispensable para la generación de capital social deben funcionar las instituciones; para lograr el crecimiento económico necesario para erradicar la pobreza hay que realizar los ajustes que sean necesarios, procurando programas de ayuda a los sectores menos favorecidos, para que exista un efectivo estado de derecho. Para hacer una democracia de ciudadanos, y no de votantes, se requiere de un profundo cambio. Éste es el reto que tiene el liderazgo del país que quiera trascender en el tiempo.